



Viuda é hijos de Aránz, Editores.

Lit. Llano y C^o. Méx.

DÉBORA.



DEBORA.

Estos fian en sus carros, y aquellos en sus caballos: mas nosotros invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro.

SALMO XIX.

TRESCIENTOS cuarenta años trascurrieron desde la muerte Josué, sucesor de Moisés, hasta la exaltacion de Saul, primer rey de los Israelitas. Fué gobernada la nacion por jueces durante este intervalo, y estos jueces eran unos funcionarios, magistrados y dictadores á la vez, que administraban justicia y hacian la paz y la guerra. Era vitalicia la dignidad de estos caudillos; pero no se sucedian sin interrupcion, porque eran hombres de circunstancias que aparecian en el momento del peligro, ora levantados por Dios de una manera notable y milagrosa, ora designados á la eleccion del pueblo por su valor y el conjunto de sus bellas cualidades.

En tiempos de tranquilidad todos reconocian la ley de Dios solamente; y bastaba con ella, porque arreglaba hasta los mas ligeros pormenores de la vida pública y privada, religiosa y civil; y no tenia la nacion príncipe alguno cuya voluntad pudiese crear obligaciones nuevas. No hay duda que era suave una

constitucion política de esta naturaleza, porque daba mucho á la libertad; mas era peligrosa, porque humanamente hablando, abria la puerta á la anarquía y llamaba al enemigo exterior. Así es que en el trascurso de tres siglos y medio seis veces fueron oprimidos los Israelitas por sus vecinos, y pesó la esclavitud sobre algunas partes de la nacion durante largos períodos. Por otra parte, no debe dejarse de tomar en cuenta que podian haber evitado todos esos males con su fidelidad al Señor, porque todas esas calamidades sobrevenian á título de castigo, y cual una rigorosa consecuencia de la idolatría.

Ahora bien, despues de haber soportado momentáneamente el yugo de un rey de Mesopotamia, y despues de los Moabitas, viéronse los Israelitas sujetos á los cananeos, indígenas á quienes no alcanzó la espada de Josué y que se habian refugiado en los montes, ó á orillas del Mediterráneo. Llamábase Jabin el gefe de sus opresores durante esta tercera probacion, y habitaba una pequeña ciudad de la baja Galilea, al Oeste y no léjos del lago de Tiberiádes. Sus hostilidades fatigaban sobre todo á las tribus de Nephtalí, Zabulon é Issacar; tenia por general de ejército á Sisara; y á mas de sus soldados aguerridos, podia poner en campaña novecientos carros, armados de hoces, instrumentos famosos en las guerras de la antigüedad, porque llevados con toda rapidez hasta la línea enemiga, la atravesaban haciendo estragos espantosos. Veinte años retuvo á los Israelitas el temor de estas fuerzas bajo la dominacion de Jabin; y oraban llenos de arrepentimiento á fin de que Dios se dignase por fin quebrantar aquella tiranía.

Gobernaba en aquel tiempo al pueblo de Israel una profetisa llamada Débora, esposa de Lapidoth; pero hay razones para creer que su magistratura no fué tan extensa en sus funciones como la de los otros jueces de Israel. Parece que su mision fué conciliar los ánimos divididos por el interés, dar consejos y recordar la práctica de las leyes religiosas y civiles. Su experiencia y su prudencia le grangearon la estimacion y la confianza

pública; mas la fuerza principal de sus juicios no pudo ser otra que la aceptacion y buena voluntad del pueblo, sin que tuviesen sus resoluciones el carácter de reglamentos definitivos, porque es máxima recibida entre los intérpretes del derecho hebreo que las mugeres no juzgan ni gobiernan en Israel; y el gobierno de Atalía, en una época posterior, no fué tenido por administracion legítima, sino por una usurpacion y una tiranía.

La mansion de la profetisa quedaba entre Rama y Bethel, casi en los confines de Ephraim y Benjamin; y allí pronunciaba sus fallos, sentada bajo una palmera. Un dia envió Débora á llamar á Barac, de la tribu de Nephtalí, y le dijo: “El Señor Dios “de Israel te ha dado esta órden, anda y lleva el ejército al “monte Thabor, y tomarás contigo diez mil combatientes de los “hijos de Nephtalí, y de los hijos de Zabulon: y yo te traeré “á tí en el lugar del torrente Cison á Sisara, general del ejército de Jabin, y sus carros y toda su gente, y los pondré en tu mano.”

Sabido es que una tradicion antigua señala al Thabor como el lugar donde el hombre-Dios hizo rutilar en la Transfiguracion un lampo de su gloria celeste al través del velo de su humanidad. El monte Thabor se levanta aislado en medio de una vasta llanura; en su cima hay un espacio plano, como de tres mil pasos de extension, en el cual los reyes de Siria, los romanos y los turcos establecieron ó reedificaron una ciudad pequeña y algunas fortificaciones. Desde allí se domina todos los ricos y vastos campos de aquellos contornos, y esto explica porqué la profetisa, en nombre de la prudencia humana, de la cual no nos dispensa la religion, aconsejó á Barac que se apoderase del Thabor. Por la llanura que se extiende al pié de la montaña corre el torrente de Cison.

Barac respondió á la profetisa: “Si vienes conmigo, iré; mas “si no quieres venir conmigo, no iré.” Acaso la desconfianza dietó estas palabras, porque Débora sin retractarse, pareció sin embargo atenuar sus magníficas promesas y replicó á Barac:

«Bien está, iré contigo, mas esta vez no se atribuirá á tí la «victoria, porque por mano de una mujer será entregado Sísara.»

Partió, pues, Débora en compañía de Barac; fueron llamados los combatientes de Zabulon y Nephtalí, y marcharon al Thabor. Sabedor Jabin de los movimientos de los Israelitas, destacó á Sísara con sus novecientos carros y sus tropas. Tan luego como divisó Débora el ejército cananeo, hizo á Barac bajar á su encuentro con sus tropas. Un terror pánico se apoderó de los guerreros de Jabin y de su general, y el resultado fué la mas completa derrota.

Tuvo Sísara de abandonar su carro y salvarse á pié, llegando de esta suerte á la casa de Haber el Cíneo, gefe de una antigua familia indígena, espulsada en otro tiempo del canton de Engaddi hácia el mar Muerto, y entónces refugiada en un valle de la tribu de Nephtalí. Habia permanecido neutral Haber en la lucha de Jabin con los Israelitas, pues sin declararse en favor de estos, no habia renunciado á la alianza del otro. Creyó Sísara contar con la amistad de Haber y entró en su casa; pero sea porque Haber se hallase ausente ó porque Sísara en su precipitada fuga entrase en el departamento de las mujeres, separado siempre del de los hombres en Oriente, el hecho es que Jahel, esposa de Haber, fué quien le salió al encuentro y le dijo: «Entrad acá, señor mio; entrad, y no temais.» Entró en efecto Sísara, y ella le cubrió con un manto. Fatigado de la carrera, pidió de beber el general derrotado, á la esposa de Haber, y ésta le dió una odre de leche. Sísara, una vez saciada su sed, rogó á Jahel que se pudiese á la puerta de la tienda, y que si alguno llegaba y le preguntaba si habia allí alguno, respondiese que ninguno; y despues se entregó á un profundo sueño. Tomó entónces Jahel un clavo de la tienda y echó mano de un martillo, y aplicando el clavo á la sien del guerrero dormido, le traspasó con él á martillazos de parte á parte el cerebro.

La accion de Jahel fué una inspiracion del momento; y ella tenia razon sobrada para reputar á Sísara enemigo público y

declarado; podia tambien haber conocido la mision extraordinaria de Débora, y tener por santa la guerra emprendida bajo sus auspicios; pero esto no obstante, y á pesar de hacer el debido elogio del valor é intenciones de Jahel, fuerza es confesar que faltó á la palabra que dió á Sísara y á la hospitalidad que habia invocado este caudillo. Ciertó es que entre los pueblos antiguos tenia la guerra derechos mas crueles y extensos que hoy dia; pero creemos que en todas las edades del mundo, mas caros y mas sagrados que la derrota de nuestros enemigos, habrian sido para nosotros el respeto y la inviolabilidad de nuestra palabra.

Cuando llegó Barac en seguimiento de Sísara, salió Jahel á recibirle y le dijo: «Ven, y te mostraré el hombre que buscas.» Entró Barac á la tienda, y vió á su enemigo que yacia muerto, en la misma postura en que le habian cogido la muerte y el sueño.

En medio del regocijo de la victoria compuso Débora un cántico célebre, en honor y gloria del Dios de Israel. No seremos nosotros tan temerarios que nos apartemos una sola línea del sencillo y sublime lenguaje de la profetisa. Hele aquí literalmente:

«Los de Israel, que espontáneamente expusisteis vuestras almas al peligro, bendecid al Señor.

«Oid reyes, escuchad príncipes: Yo soy, yo soy la que cantaré al Señor, diré una canción al Señor Dios de Israel.

«Señor, cuando salias de Seir, y pasabas por las regiones de Edóm, movióse la tierra, y los cielos y las nubes destellaron aguas.

«Los montes se derritieron delante del Señor, y el Sinaí á la preseneia del Señor Dios de Israel.

«En los dias de Samgár hijo de Anath, en los dias de Jahel cesaron los caminos: y los que iban por ellos, anduvieron por veredas desviadas.

«Cesaron los fuertes en Israel, y dejaron de ser: hasta que se levantó Débora, se levantó una madre en Israel.

«Nuevos combates escogió el Señor, y él mismo derribó las

puertas de los enemigos: no se vió escudo ni lanza en los cuarenta mil de Israel.

«Mi corazón ama á los príncipes de Israel: los que de propia voluntad os ofrecisteis al peligro, bendecid al Señor.

«Los que cabalgáis sobre lucidas cabalgaduras y os sentais para juzgar, y andais por el camino, hablad.

«En donde fueron estrellados los carros y fué sufocado el ejército enemigo, allí sean contadas las justicias del Señor, y su clemencia para con los fuertes de Israel: entónces el pueblo del Señor descendió á las puertas, y recobró el señorío.

«Levántate, levántate, Débora, levántate, levántate y entona un cántico: levántate, Barac, y echa mano de tus cautivos, hijo de Abinoem.

«Se han salvado las reliquias del pueblo, el Señor combatió en los valientes.

«Uno de Ephraím los derrotó en Amaléc, y despues de él uno de Benjamin contra tus pueblos, ó Amaléc: de Machir descendieron los príncipes, y de Zabulón los que acaudillaron el ejército para guerrear.

«Los caudillos de Issachár fueron con Débora, y signieron las pisadas de Barac, el cual se arrojó al peligro como á un precipicio y á un abismo: dividido Rubén contra sí mismo, se hallaron en contienda sus hombres de valor.

«¿Por qué habitas entre dos términos, para oír los silbos de los rebaños? Dividido Rubén contra sí mismo, se hallaron en contienda sus hombres de valor.

«Galaad estaba en reposo á la otra parte del Jordán, y Dan atendia á sus navíos: Asér habitaba en la costa de la mar, y se mantenía en sus puertos.

«Mas Zabulón y Nephtalí ofrecieron sus almas á la muerte en el país de Merome.

«Vinieron los Reyes y pelearon, pelearon los Reyes de Chânaan en Thanách junto á las aguas de Mageddo, mas no llevaron ninguna presa.

«Del cielo se combatió contra ellos; las estrellas estando en su órden y curso pelearon contra Sísara.

«El torrente de Cisón arrastró sus cadáveres, el torrente de Cadumím, el torrente de Cisón: huella, ó alma mia, los campeones.

«Las uñas de los caballos se rompieron, huyendo con ímpetu, y cayendo por precipicios los mas valerosos de los enemigos.

«Maldecid á la tierra de Meroz, dijo el Angel del Señor: maldecid á sus habitadores, porque no vinieron al socorro del Señor, en ayuda de sus mas esforzados guerreros.

«Bendita entre las mujeres Jahél mujer de Haber Cinéo, y bendita sea en su tienda.

«Dió leche al que le pedía agua, y en taza de príncipes le presentó manteca.

«Echó la mano izquierda á un clavo y la derecha á un martillo de obreros, y buscando en la cabeza lugar para la herida, dió á Sísara el golpe, taladrándole con gran fuerza una sien.

«Cayó entre sus piés: perdió las fuerzas, y murió: delante de sus piés se revolcaba, y yacia exánime y miserable.

«La madre de Sísara mirando por la ventana, daba alaridos, y decia desde su cuarto: ¿Cómo tarda en volver su carro? ¿Cómo son tan pesados los piés de sus cuatro caballos?

«Una de sus mujeres mas advertida que las otras, respondió estas palabras á la suegra:

«Quizá está ahora repartiendo los despojos y se está escojiendo para él la mas hermosa de las mujeres: vestidos de diversos colores se dán á Sísara por despojo, y se amontonan varios arreos para adorno del cuello.

«Así perezcan, Señor, todos tus enemigos: y los que te aman, así brillen, como resplandece el sol en su Oriente”

En tales términos celebraba Débora el triunfo del pueblo hebreo. Descúbrese la fé en la Providencia al través de los sentimientos de un patriotismo altivo y satisfecho, y el cántico revela con claridad la confianza en aquella fuente de donde emanan todos los descalabros y todas las victorias, y á la cual deben ir á

consagrar todos los hombres la gratitud de sus horas de ventura, y la conformidad de sus horas de tribulacion.

Cierto es que interviene Dios sin cesar en la vida de los pueblos lo mismo que en la de los particulares; mas parece, esto no obstante, que manifiesta mas claramente su autoridad soberana en medio de las batallas, cuando torna á veces rebelde la victoria al poder del número y al ingenio de los capitanes. Así es que todas las naciones de la antigüedad llamaban á la religion á bendecir sus guerra: á la entrada de las tropas en campaña precedian invariablemente la oracion pública y los sacrificios: si el ejército sufría una derrota, era esta reputada un castigo del cielo; y si el triunfo coronaba los combates, iban á colgar en las paredes del templo los estandartes de los pueblos vencidos. Instruidos por los libros sagrados, y mas esplicitos tambien en sus creencias mas verdaderas, veian los hebreos, por decirlo así, á Dios mismo dirigir los batallones, del propio modo que se siente su presencia al asistir á todos los grandes espectáculos de la naturaleza, ora sea en las llanuras del océano profundo, ora en la inmensidad de un cielo puro y sereno. En efecto; solo Dios puede dominar las fuerzas vivas que dirige el ingenio y arrebató el valor: su mano es la que siembra el espanto entre los unos; su soplo el que derrama el entusiasmo entre los otros; su ojo el que fija la victoria; *porque es el Señor Dios de los ejércitos.*

Veinte años duró Barac despues de su triunfo: respetaron su nombre los enemigos, y permanecieron sometidos á su gobierno los pueblos que salvó. Murió Barac; y hubo nuevos crímenes públicos que acarrearón nuevas calamidades sociales; y hubo nuevos arrepentimientos que no se quedaron sin nuevas misericordias.

Conservó débora hasta la muerte sus funciones, y siempre fué consultada como profetisa. Su extraordinaria mision le habia grangeado la confianza no ménos que la admiracion de sus conciudadanos. Miróse en ella ejecutada con toda brillantez la ley superior, que por lo demas se encuentra visiblemente impresa en la marcha del mundo, y es que Dios escoge por lo comun

instrumentos frágiles para la ejecucion de sus obras mas potentes.

Y fué instituido este orden para que aprendiese el hombre á no cifrar todas sus esperanzas en lo que se llama riqueza, fuerza é ingenio, sino á buscar en los cielos las condiciones y el motivo de sus victorias; porque el hombre no se pertenece á sí mismo con independencía; porque debe vivir y morir, cual brillan las estrellas del firmamento y mujen las olas del mar, es decir, á la voz y para honra y gloria del Eterno.

